

humildad. Ahora, pues, quiero pasar adelante. Muchos no quieren ni osan pensar ni considerar las gracias que Dios les ha hecho en particular, temerosos de desvanecerse y vanagloriarse, en lo cual se engañan; porque como dice el gran doctor angélico, el verdadero modo de alcanzar el amor de Dios es la consideración de sus bienes recibidos, porque cuanto más los conocemos tanto más le amarémos (1); y como los beneficios particulares mueven más que los comunes, así deben también ser considerados con más atención. Es cierto que nada puede humillarnos tanto delante de la misericordia de Dios como la muchedumbre de sus bienes recibidos; ni nada podrá humillarnos tanto delante de su justicia como la multitud de nuestras maldades. Consideremos, pues, lo que él ha hecho por nosotros y lo que nosotros hemos hecho contra él, y como consideraremos por menudo nuestros pecados, consideremos también por menudo sus gracias. Y no se ha de temer que el conocimiento de los bienes que ha puesto en nosotros ha de hincharnos, con condición que notemos esta verdad, y es: que lo que hay bueno en nosotros no es nuestro; si no, dime: ¿los mulos dejan de ser torpes y hediondas bestias porque estén cargados de olores y muebles preciosos del príncipe? ¿Qué tenemos nosotros bueno que no lo hayamos recibido? ¿por qué si lo hemos recibido ¿por qué nos queremos ensoberbecer? (2) Al contrario, la viva consideración de las gracias recibidas nos hace humildes, porque el conocimiento engendra el reconocimiento; pero si viendo las gracias que Dios nos ha

(1) II^a II^o, Quæst, LXXXII, art. III.

(2) S. Pablo á los Corintios, I, IV, 7.

hecho, nos llegase á inquietar alguna suerte de vanidad, el remedio infalible será acogernos á la consideración de nuestras ingratitudes, de nuestras imperfecciones y de nuestras miserias. Si consideramos lo que hemos hecho cuando Dios no ha estado con nosotros, conocerémos claro que lo que hacemos cuando está con nosotros no es de nuestra cosecha. Alegrarémonos, pues, y regocijarémonos en la consideración de los bienes recibidos; pero daremos á solo Dios las gracias por cuanto es el autor.

Así, la santa Virgen confiesa que Dios obró en ella cosas maravillosas; pero no fué sino por humillarse y engrandecer á Dios. *Alma mta* (dice) *engrandece al Señor, por cuanto ha hecho en mí cosas grandes* (1).

Decimos muchas veces que no somos nada, que somos la misma miseria y la basura del mundo; pero no poco sentiríamos que nos tomasen la palabra y que nos publicasen tales cuales nos llamamos. Y al contrario, fingimos escondernos y huirnos para dar mejor lugar á que nos busquen y pregunten por nosotros. Damos á entender que gustamos de ser los postreros y sentarnos á los pies de la mesa, para que nos den la cabecera. La verdadera humildad no procura dar aparentes muestras de serlo ni gasta muchas palabras de humildad; porque ésta, no solo desea esconder las otras virtudes, pero también y principalmente procura esconderse á sí misma; y si le fuese permitido mentir, fingir ó escandalizar el prójimo, produciría acciones de arrogancia y fiereza para debajo de ellas mejor encubrirse. Este es mi parecer, Filotea: ó no digamos pa-

(1) S. Lucas, I, 46, 49.

labras de humildad, ó digámoslas con verdadero sentimiento interior, conforme á lo que exteriormente pronunciamos; no bajemos nunca los ojos sino humillando nuestros corazones; no demos á entender querer ser los postreros, si es que deseamos ser los primeros. Tengo, pues, esta regla por tan general, que no tiene alguna excepción; sólo diré que la buena crianza requiere á veces ofrezcamos los mejores lugares á los que manifestamente sabemos no han de tomarlos; lo cual no por esto es doblez ni falsedad de humildad, porque en tal caso el solo ofrecimiento de ventaja es un principio de honra; y pues no se le puede dar por entero, no es mal hecho darle alguna parte. Lo mismo digo de algunas palabras de honra ó de respeto, que en rigor no parecen verdaderas; pero sonlo con todo esto bastante, con que el corazón del que las pronuncia tenga una verdadera intención de honrar y respetar al que las dice; porque aunque las palabras significan con algún exceso aquello que decimos, no por eso hacemos mal en emplearlas cuando el uso común lo requiere. Verdad es que también querría se juntasen las palabras á nuestros corazones lo más que fuese posible, para seguir en todo y por todo la simplicidad y pureza cordial. El hombre verdaderamente humilde querría más que otro dijese de él que es un miserable, que es un nada y que no vale nada, que no decirlo él mismo; por lo menos, si sabe que lo dicen no lo contradice, sino lo sufre de buena gana, porque creyendo firmemente lo tal, se huelga que sigan su opinión. Muchos dicen que dejan la oración mental para los perfectos, y que ellos no son dignos de hacerla. Otros protestan que no osan comulgar

á menudo por no hallarse bastante limpios. Otros temen de ofender á la devoción si se meten con ella, por causa de su grande miseria y fragilidad; y otros rehusan emplear su talento en el servicio de Dios y su prójimo, por cuanto (dicen los tales) que conocen su flaqueza y que tienen miedo de ensoberbecerse si son instrumento de algún bien, y que enseñando á los otros, ellos se pierden. Todo esto no es sino artificio y una suerte de humildad, no sólo falsa, pero maligna; por lo cual quieren tácita y sutilmente despreciar las cosas divinas y cubrir con un pretexto de humildad el amor propio de su opinión, de su humor y de su pereza.

Pide á Dios una señal arriba en el cielo ó abajo en el profundo del mar, dice el Profeta al desventurado Achaz; y respondió: *No, no la pediré, y no tentaré al Señor* (1). Malignidad grande hace semblante de una extremada reverencia para con Dios, y con cubierta de humildad se excusa de aspirar á la gracia á que su divina bondad le llama; pero este tal no ve que cuando Dios nos quiere gratificar, es arrogancia el no admitir. Que los dones de Dios nos obligan á recibirlos, y que es humildad el obedecer y seguir sus deseos con la puntualidad posible. El deseo de Dios es que seamos perfectos (2), uniéndonos en él imitándole lo más que podamos. El soberbio tiene bien ocasión de no osar intentar nada; pero el humilde es tanto más animoso cuanto se conoce más incapaz; y cuanto más se tiene por malo, tanto más se hace atrevido, por cuanto tiene toda su confianza en Dios, el cual se sirve de engrande-

(1) Isaías, vii, 11, 12.

(2) S. Mateo, v, 48.

cer su poder en nuestra flaqueza y levantar su misericordia sobre nuestra miseria. Menester es, pues, humilde y santamente osar todo aquello que es juzgado propio á nuestro adelantamiento por aquellos que conducen nuestras almas.

Pensar saber lo que no se sabe, es una expresa locura; querer hacer del sabio en aquello que se conoce no saberse, vanidad es insoportable. Cuanto á mí, no querría hacer del sabio aun en aquello que sabría, ni tampoco del ignorante. Cuando la caridad lo manda, menester es comunicar llana y apaciblemente con el prójimo, no sólo lo que le es necesario para su instrucción, pero también lo que le es provechoso para su consuelo; porque la humildad que esconde y cubre todas las virtudes para mejor conservarlas, las hace, no obstante, parecer cuando la caridad lo manda, para aumentarlas, engrandecerlas y perfeccionarlas; en lo cual parece á aquel árbol de las islas de Tilos, el cual de noche encierra y tiene como con llave sus hermosas flores, sin que las abra sino al salir del sol; de suerte que los habitantes de aquella tierra dicen que estas flores duermen de noche (1). Así, la humildad cubre y esconde todas nuestras virtudes y perfecciones humanas, y no las deja jamás mostrar sino por la caridad, la cual, siendo una virtud no humana, sino celeste, no moral, sino divina, es el verdadero sol de las virtudes, sobre las cuales debe siempre dominar; de suerte que las humildades que perjudican á la caridad, son indubitablemente falsas.

No querría yo ni hacer del loco ni hacer del sabio;

(1) Plin., *Hist. Nat.*, lib. XII, c. xi (al xxiii).

porque si la humildad me estorba el hacer del sabio, la simplicidad y la llaneza me estorbarán también el hacer del loco; y así la vanidad es contraria á la humildad, el artificio, la afectación y el fingimiento es contrario á la llaneza; que si algunos grandes siervos de Dios han fingídose locos para que más así el mundo los despreciase, á estos tales debemos admirar, pero no imitar, por cuanto para esto tuvieron motivos tan particulares y extraordinarios, que no debe nadie para sí sacar de lo tal ninguna consecuencia. Y en cuanto á David, si danzó y saltó un poco más que la ordinaria decencia pedía delante del Arca (1), no era porque quisiese hacer del loco, sino que simplemente y sin artificio hacía estos movimientos exteriores conforme á la extraordinaria y sin medida alegría que sentía en su corazón. Verdad es que cuando Michol, su mujer, le reprendió como de una locura, no por eso mostró sentimiento viéndose despreciado (2); antes, perseverando en la natural y verdadera representación de su alegría, daba testimonio de su contento en recibir por su Dios un poco de menosprecio. En seguimiento de lo cual te diré que si por las acciones de una verdadera y natural devoción te vieren por vil, abatida y loca, la humildad hará te alegres con tan dichoso oprobio, la causa del cual no está en tí, sino en los que lo hacen.

(1) Reyes, II-vi, 14, 16.

(2) Idem, 7̄ 7̄ 20-22.

CAPÍTULO VI

QUE LA HUMILDAD NOS HACE AMAR NUESTRO PROPIO
DESPRECIO.

Pasando, pues, más adelante, te digo, Filotea, que en todo y por todo ames tu propio desprecio. Pero sin duda me preguntarás lo que quiere decir *amar su propio desprecio*. En latín *desprecio* quiere decir *humildad*; y *humildad* quiere decir *desprecio*. Así que cuando nuestra Señora, en su sagrado Cántico, dice que por cuanto nuestro Señor ha visto la humildad de su sierva, todas las generaciones la llamarán bienaventurada (1), quiere decir que nuestro Señor ha mirado de buena gana su desprecio, vileza y bajeza, para colmarla de gracias y favores. Diferencia hay con todo esto entre la virtud de la humildad y el desprecio; porque el desprecio es la pequeñez y vileza que está en nosotros, sin que lo tal pensemos; pero cuanto á la virtud de la humildad, es el verdadero conocimiento y voluntario reconocimiento de nuestro desprecio. El principal punto, pues, de esta humildad, consiste en no sólo reconocer voluntariamente nuestro desprecio, sino en amarlo, y esto no por falta de ánimo y generosidad, sino por exaltar tanto la Majestad divina y estimar mucho más al prójimo que á nosotros mismos. Esto, pues, Filotea, te exhorto; y para que mejor lo entiendas, sabe que entre los males que sufrimos, los unos son despreciados y los otros honrosos: muchos se acom-

(1) S. Lucas, 1, 48.

dan á los honrosos; pero casi ninguno se acomoda á los despreciados. Mira un devoto ermitaño, roto y friolento, que todos honran su hábito pobre, con compasión de su sufrimiento; pero si un pobre oficial, un pobre hidalgo ó una pobre señora padecen lo mismo, serán antes despreciados y escarnecidos. Ves aquí, pues, cómo su pobreza es despreciada. Un religioso recibe devotamente una áspera censura de su superior, ó un hijo de su padre, á que llamarán todos mortificación, obediencia y sabiduría. Sufrirán también lo mismo de alguno un caballero y una dama; lo cual, si acaso sufren por amor de Dios, todos lo llamarán cobardía y pusilanimidad. Ves aquí, pues, otro mal despreciado. Una persona tiene un zaratán ó cáncer en un brazo; otra le tiene en la cara. El primero no tiene sino el mal; pero el segundo tiene con el mal el menosprecio, el desdén y la abyección. Digo, pues, ahora, que no sólo se ha de amar el mal (lo cual se hace por la virtud de la paciencia), sino también la abyección ó menosprecio, lo cual se hace por la virtud de la humildad.

Hay también virtudes desechadas y virtudes honrosas: la paciencia, la mansedumbre, la simplicidad y la humildad, son virtudes que los mundanos tienen por viles y despreciadas; y al contrario, estiman mucho la prudencia, la valentía y la liberalidad. También hay acciones de una misma virtud, y las vanas son menospreciadas y las otras honradas. Dar limosna y perdonar las ofensas, son dos acciones de caridad: la primera es honrada de cualquiera y la otra menospreciada á los ojos del mundo. Un mozo ó una doncella que no se dejare llevar de la persuasión de los que des-

regladamente se dan á las conversaciones, juegos, danzas, banquetes y vestidos superfluos, será murmurada y censurada de los otros, y su modestia será llamada, ó hipocresía ó afectación. Amar esto, es amar su desprecio. Daréte otro ejemplo: pongamos caso que vamos á visitar los enfermos: si me envían al más miserable, me será un desprecio según el mundo, por lo cual le amaré. Si me envían á los de más calidad, seráme también un desprecio según el espíritu, por cuanto no hay tanta virtud y merecimiento; y así, amaré también este desprecio. Cayendo en la calle, fuera del mal, se cae en vergüenza; este desprecio también debe amarse. Hay también faltas en las cuales no hay ningún mal, sino la sola abyección ó desprecio, y la humildad, no obstante, no permite que expresamente se hagan; pero mandándonos que no nos inquietemos cuando las hubiéremos cometido. Estas son ciertas locuras, descortesías é inadvertencias; las cuales, así como se han de procurar evitar antes que se hagan por obedecer la cortesía y la prudencia, así debemos también llevar con paciencia y amar la abyección que, cometidas, de ellas resultare, para mejor seguir así la santa humildad. Diréte aún más: Si acaso me he desreglado por cólera ó disolución en palabras licenciosas é indecentes, con las cuales he ofendido á Dios y al prójimo, arrepentiréme vivamente, sintiendo en extremo la ofensa, la cual procuraré reparar lo mejor que me sea posible; pero no por eso debo aborrecer la abyección y menosprecio que me resultare; y si se pudiese separar lo uno de lo otro, yo desviaría de mí el pecado y guardaría humilde la abyección.

Pero aunque amamos la abyección que se sigue del

mal, no por eso se ha de dejar de remediar el mal que la ha causado, por medios propios y legítimos, y principalmente cuando el mal es de consecuencia. Si yo tengo en la cara alguna ocasión de desprecio, procuraré la cura; pero no el olvido del desprecio, el cual he recibido. Si hubiere hecho alguna locura que no ofenda á persona, no me excusaré de ella, por cuanto aunque esta tal es una falta, visto que no es permanente, no será el excusarme sino por evitar la abyección que de ella me queda: cosa que la humildad no puede permitir. Mas si por descuido ó locura he ofendido ó escandalizado á alguno, repararé la ofensa con alguna verdadera excusa; y esto por cuanto el mal es permanente, y que la caridad me obliga á quitarle. Sucede también algunas veces que la caridad requiere que remedemos la abyección por el bien del prójimo, al cual es necesaria nuestra reputación; pero en tal caso, luego que quitemos la abyección delante de los ojos del prójimo, conviene que la cerremos y escondamos dentro de nuestro corazón para que se edifique. Pero querrás, sin duda, Filotea, saber cuáles son las mejores abyecciones. Á que te digo, que las más provechosas al alma y agradables á Dios, son las que nos vienen por accidentes ó por el estado de nuestra vida; esto por cuanto no las hemos escogido, sino recibido tales cuales Dios nos las ha enviado, cuya elección es siempre mejor que la nuestra: que si fuese necesario escoger, las mayores son las mejores; y aquellas son llamadas mayores, que son más contrarias á nuestras inclinaciones, como sean conformes á nuestro estado; porque (acabando con esto) nuestra elección gasta y disminuye casi todas nuestras virtudes. Quién nos dará gracia para decir con

el gran Rey: *Yo he escogido el ser menospreciado en la casa de Dios, antes que el habitar en los tabernáculos de los pecadores* (1). Nadie puede, querida Filotea, sino aquel que para exaltarnos vivió y murió; de suerte, que fué el oprobio de los hombres y la abyección del pueblo (2). Muchas cosas te he dicho que, considerándolas, te parecerán ásperas; pero créeme que practicándolas te serán más que el azúcar y miel dulces.

CAPÍTULO VII

COMO SE HA DE CONSERVAR LA BUENA FAMA PRACTICANDO
LA HUMILDAD.

La alabanza, la honra y la gloria no se dan á los hombres por una simple virtud, sino por alguna virtud excelente; porque por la alabanza procuramos persuadir á los otros la estimación de la excelencia de algunos; por la honra protestamos estimarla nosotros mismos; y la gloria no es otra cosa (á mi parecer) sino un cierto hijo de la reputación, el cual nace del ayuntamiento de muchas alabanzas y honras; de manera que las honras y alabanzas son como piedras preciosas, de cuya junta se muestra y sale la gloria, como un esmalte. No pudiendo, pues, la humildad sufrir que tengamos alguna opinión de aventajar ó ser preferidos á los otros, no puede tampoco permitir que busquemos

(1) Salmo LXXXIII, 11.

(2) Salmo XXI, 7.

ni procuremos la alabanza, la honra ni la gloria, las cuales cosas son debidas á la sola excelencia. Es verdad con todo eso que nos consiente lo que nos amonesta el Sabio, que es tener cuenta con nuestra fama (1), por cuanto la buena fama es la estimación, no de alguna excelencia, sino solamente una simple y común integridad de vida; la cual la humildad no estorba que reconozcamos en nosotros mismos, ni por consecuente que deseemos la reputación. Es verdad que la humildad menospreciaría la fama, si la caridad no la hubiese menester; mas por cuanto es uno de los fundamentos de la comunicación humana, y que sin ella somos, no solo inútiles, pero dañosos al público, por causa del escándalo que recibe, la caridad manda y la humildad tiene por bien que la deseemos y conservemos precisamente.

Fuera de esto, así como las hojas de los árboles, que de suyo no son de estima, sirven con todo esto de mucho, no sólo para hermostrarlos, sino también para conservar los frutos, mientras están tiernos, así también la buena fama, que de sí misma no es cosa que con ahinco deba desearse, no deja por eso de ser muy útil, no solo para el adorno de nuestra vida, pero también para la conservación de nuestras virtudes, y principalmente de las virtudes tiernas y débiles. La obligación de mantener nuestra reputación y de ser tales cuales nos estiman, despierta un ánimo generoso á una poderosa y dulce violencia. Conservemos nuestras virtudes, querida Filotea, por cuanto éstas son agradables á Dios, principal y soberano objeto de todas nuestras

(1) Eclesiástico, XLI, 15.

acciones. Mas como los que quieren guardar los frutos no se contentan con solo confitarlos, sino que los ponen en vasos propios á su conservación, así también, aunque el amor divino sea el principal conservador de nuestras virtudes, podemos también emplear la buena fama como muy propia y útil á este fin.

No por esto debemos mostrarnos muy fogosos, exactos y puntuosos en esta conservación; porque los que son tan delicados y cosquillosos por su reputación, parecen á los que por cualquier suerte de achaque toman medicinas, los cuales, pensando conservar la salud, la estragan del todo. Así es que otros, queriendo mantener con tanta puntualidad su reputación, vienen enteramente á perderla; porque por esta delicadeza se hacen enojosos, aborrecibles é insoportables, y provocan la malicia de los maldicientes.

La disimulación y menosprecio de la injuria y calumnia, es de ordinario un remedio más saludable que el sentimiento, la porfía y la venganza. El menosprecio los hace desmayar; mas si se recibe enojo, parece proceder del sentimiento de injuria justa. Los cocodrilos no dañan sino á los que los temen; ni tampoco la murmuración, sino á los que por ella se penan y fatigan.

El miedo excesivo de perder la fama muestra una grande desconfianza del fundamento de ella, que es la verdad de una buena vida. Las villas que tienen puentes de madera, están expuestas á que cualquier suerte de avenidas las rompa y lleve tras sí; pero las que los tienen de piedra, viven seguras y sin miedo, si no es de algunas extraordinarias crecientes. Así, los que tienen un alma verdaderamente cristiana, desprecian de ordinario los rebatos y ofensas de las lenguas injurio-

sas; mas los que se sienten débiles y flacos, del menor chisme se inquietan y alborotan. Créeme, Filotea, que quien quiere tener reputación con todos, la pierde con todos; y merece perder la honra aquel que quiere tomar la de aquellos á quienes los vicios hacen verdaderamente infames y deshonorados.

La reputación no es sino como una señal, la cual muestra donde aloja la virtud. La virtud, pues, debe en todo y por todo ser preferida. Dirá á veces el maldiciente que eres un hipócrita, porque ve que te das á la devoción; y si el tal te tuviere por hombre de poco ánimo porque perdonaste la injuria, búrlate de todo esto; porque fuera de que tales juicios son siempre de necias y locas gentes, cuando se debería perder la fama no se debería dejar la virtud ni apartarse de su camino, por cuanto siempre se ha de preferir el fruto á las hojas; esto es, el bien interior y el espiritual á todos los bienes exteriores. Bien es que seamos celosos, pero no idólatras de nuestra fama; y así como no se debe ofender el ojo de los buenos, así también no se ha de querer contentar el de los malos. La barba le sirve al hombre de adorno y el cabello á la mujer. Si se desarraiga y arranca del todo el pelo de la barba y el cabello de la cabeza, fácilmente podría no volver jamás; pero si solamente se corta, poco después saldrá con más abundancia, más fuerte y espeso. De la misma manera aunque la fama se vea mordida y cercenada de la lengua de los maldicientes, que es (dice David) *como una navaja afilada* (1), no por esto debemos inquietarnos, porque bien presto tornará á crecer y á mostrarse, no sólo tan

(1) Salmo LI, 2.

hermosa como de antes, pero más sólida y maciza ; que si nuestros vicios, nuestra flojedad y nuestra mala vida nos quitan la reputación, será muy posible no volverla á cobrar jamás, por cuanto queda arrancada la raíz. La raíz, pues, de la fama, es la bondad, la cual, mientras estuviere en nosotros, puede siempre producir la honra que le es debida.

Hase, pues, de dejar la vana conversación, el uso inútil, la amistad frívola, el trato alocado, si es que daña á la fama, porque la fama vale más que toda suerte de vanos contentos. Mas si por el ejercicio de piedad, por el adelantamiento de la devoción y buen pasaje al bien eterno, murmuran, fisgan ó calumnian, dejemos ladrar los mastines ; porque si pueden sembrar alguna mala opinión contra nuestra reputación, y por este medio cortar y arrastrar los cabellos de nuestra fama, importará poco, porque bien presto tornará á renacer, y la navaja de la murmuración servirá á nuestra honra como la podadera á la viña, que la hace abundar y multiplicar en fruto.

Tengamos siempre los ojos puestos en Jesucristo crucificado ; caminemos en su servicio con confianza y simplicidad ; pero sabia y discretamente. Él será el protector de nuestra fama ; y si él permite que la perdamos, será para volvernos otra mejor, ó para hacernos aprovechar en la santa humildad, de la cual una sola onza vale más que mil libras de honras. Si nos injuriaren injustamente, opongamos apaciblemente la verdad á la calumnia ; y si perseveraren, perseveraremos también nosotros en humillarnos ; y poniendo de esta suerte nuestra reputación con nuestra alma en las manos de Dios, no podremos asegurarla mejor. Sirvamos

á Dios por la buena ó mala fama (1), á ejemplo de san Pablo, porque podemos decir con David : *¡ Oh, Dios mío ! por vos es que yo he sufrido el oprobio, y que la confusión ha cubierto mi rostro* (2).

Con todo esto no dejes de hacer excepción de ciertas maldades tan atroces é infames que ninguno debe sufrir la calumnia cuando justamente puede rechazarla, ni ciertas personas, de cuya buena reputación depende la edificación de muchos ; porque en semejantes casos, se debe pretender la reputación contra el agravio recibido, siguiendo en esto el parecer de los teólogos.

CAPÍTULO VIII

DE LA MANSEDUMBRE PARA CON EL PRÓJIMO Y REMEDIO
CONTRA LA IRA.

El santo crisma, del cual por tradición apostólica usan en la Iglesia de Dios para las confirmaciones y bendiciones, es compuesto de olio de oliva mezclado con bálsamo, que representan, entre otras cosas, las dos caras y muy amadas virtudes que resplandecen en la sagrada persona de nuestro Señor, las cuales nos ha singularmente encomendado, como si por ellas nuestro corazón debiera especialmente estar consagrado á su servicio y aplicado á su imitación. *Aprended de mí* (dice), *que soy manso y humilde de cora-*

(1) S. Pablo á los Corintios, II, vi, 8.

(2) Salmo LXVIII, 8.

zón (1). La humildad nos perfecciona para con Dios, y la mansedumbre para con el prójimo. El bálsamo, que (como he dicho arriba) (2), toma siempre el fondo entre todos los otros licores, representa la humildad; y el olio de oliva, que toma lo alto, representa la apacibilidad y mansedumbre, la cual excede todas las cosas y sale entre las otras virtudes, como quien es la flor de la caridad; la cual (según san Bernardo) (3) está en su perfección cuando no sólo es paciente, sino cuando fuera de esto es mansa y apacible. Pero advierte, Filotea, que este crisma místico, compuesto de mansedumbre y humildad, esté dentro de tu corazón, porque es uno de los mayores artificios del enemigo el hacer que muchos se embaracen en las palabras y apariencias exteriores de estas dos virtudes; y no examinando bien sus aficiones interiores, piensan ser humildes y mansos no siéndolo de ninguna manera, en efecto; lo cual se conoce por cuanto no obstante su ceremoniosa mansedumbre y humildad, á la menor palabra que ligeramente les dicen, á la menor injuria que reciben, se sacuden y saltan con una arrogancia insufrible. Dicen que los que han tomado el preservativo que comúnmente llaman el betún de san Pablo (4), no se hinchan estando mordidos y picados de la víbora, con tal que el betún sea del fino. De la misma manera, cuando la humildad y la mansedumbre son buenas y verdaderas, nos defienden de la hinchazón y ardor que las injurias suelen provocar en nues-

(1) S. Mateo, xi, 29.

(2) Cap. iv.

(3) Tract. de Charit., c. v.

(4) Vide Mattioli in Dioscorid., lib. VI, c. xi.

tros corazones. Y si hallándonos picados y mordidos de los maldicientes y enemigos, nos hinchamos, embrazamos y amostazamos, es señal clara que nuestra humildad y mansedumbre no son finas y verdaderas, sino artificiosas y aparentes.

Aquel santo é ilustre patriarca José, enviando sus hermanos de Egipto á la casa de su padre, les dió este solo aviso: *No os enojeis en el camino* (1). Lo mismo te digo yo, Filotea: esta miserable vida no es sino un camino para la otra bienaventurada; no nos enojemos, pues, en el camino, los unos con los otros; caminemos con la tropa de nuestros hermanos y compañeros, dulce, amigable y apaciblemente. Y más te digo: que de ninguna manera te enojés, si fuere posible, ni abras la puerta de tu corazón á ningún enojado pensamiento; porque dice Santiago: *La ira del hombre no obra la justicia de Dios* (2). Háse de resistir el mal y reprimir los vicios de los que tenemos á cargo constante y valientemente; pero suave y apaciblemente. Nada aplaca tanto al elefante airado como la vista de un corderillo; y nada rompe tan fácilmente la fuerza de la artillería como la lana. No se estima tanto la corrección que procede de pasión, aunque acompañada de razón, como la que no tiene otro origen sino la razón sola; porque el alma racional, estando naturalmente sujeta á la razón, no está sujeta á la pasión sino por tiranía, y así por esto, cuando la razón está acompañada de pasión, se hace odiosa, siendo su justa dominación apocada y abatida por la compañía de la tiranía. Los príncipes honran y consuelan infinito los pueblos cuan-

(1) Génesis, xlv, 24.

(2) Cap. i, 20.

do los visitan con séquito de paz; pero cuando traen estruendo de armas, aunque sea por el bien público, son siempre sus venidas desagradables y dañosas, por cuanto aunque hagan exactamente observar la disciplina militar entre los soldados, no por eso pueden tanto que no haya siempre algún desorden, el cual disminuye el buen nombre. De la misma manera, mientras la razón reina y apaciblemente ejercita los castigos, correcciones y reprensiones, aunque esto sea rigurosa y exactamente, todos la aman y la aprueban; pero cuando trae consigo la ira, la cólera y el enojo, que son (dice san Agustín) (1) sus soldados, se hace más espantosa que amable, y su propio corazón queda ofendido y maltratado. Mejor es (dice el mismo santo escribiendo á Profuturo) (2) el rehusar la entrada á la ira cabal y justa, que el recibirla, por pequeña que sea; porque recibéndola, es trabajoso el despedirla, por cuanto se entra como un pequeño pimpollo y en un instante se hincha y engrosece; que si llega á ganar la noche y el sol se acuesta sobre nuestra ira (lo cual el Apóstol defiende), (3) convirtiéndose en odio y rencor, apenas hay remedio de desecharla, por cuanto se cría de mil falsas persuasiones; y un hombre enojado no piensa nunca que su enojo es injusto. Mejor es, pues, el procurar saber vivir sin cólera, que el querer usar de ella moderada y sabiamente; y cuando por imperfección ó flaqueza nos hallamos arrebatados de ella, es mejor el rechazarla con presteza que detenerla un solo punto en nuestro corazón; porque por poco espacio

(1) De Civit. Dei, lib. XIV, c. XIX.

(2) Ep., XXXVIII, § 2.

(3) A los Efesios, IV, 26.

que la den de asiento, se hace dueño del lugar y hace como la serpiente, que tira fácilmente todo su cuerpo donde puede poner la cabeza. Pero, ¿cómo la rechazaré yo? me dirás tú. Es menester, mi Filotea, que al primer toque suyo que sientas en ti, juntes prontamente tus fuerzas, no áspera ni impetuosamente, sino suavemente; porque como vemos en las audiencias de muchos senados y parlamentos, que los ujieres gritando «¡Silencio!», hacen más ruido que aquellos á quien pretenden hacer callar, también sucede muchas veces que queriendo con ímpetu reprimir nuestra cólera, levantamos más alboroto en nuestro corazón que ella pudiera haber hecho; y hallándose así el corazón alborotado, no puede más ser dueño de sí mismo.

Después de este suave esfuerzo, practicarás el aviso que san Agustín, ya viejo, daba al joven obispo Auxilio (1). *Haz (le dice) lo que un hombre debe hacer: que si te sucede lo que al hombre de Dios en el salmo, Mi ojo está turbado de gran cólera, acude á Dios, diciendo: Ten misericordia de mí, Señor (2); porque extiende su diestra y reprima tu enojo. Dígotte, pues, que es menester invocar el socorro de Dios cuando nos vemos asaltados de cólera, á imitación de los apóstoles atormentados del viento y borrasca en medio de las aguas, porque él mandará á nuestras pasiones que cesen, y la tranquilidad, extendiéndose, traerá bonanza (3). Pero con todo esto te advierto que la oración que se hace contra la cólera presente, de quien te hallas oprimido, debe practicarse suave y mansamen-*

(1) Ep. ccl., § 3.

(2) Salmos, XXX, 10.

(3) S. Mateo, VIII, 24-26.

te, y no con violencia; lo cual se ha de observar en todos los remedios que se practican contra este mal.

Con esto, luego que percibas haber caído en algún acto de cólera, repara la falta con un acto de suavidad prontamente ejercitada con la persona con quien te encolerizaste; porque de la misma manera que es un soberano remedio contra la mentira el desdecirse luego que se ha cometido, así también es un buen remedio contra la cólera el repararla luego con un acto contrario de suavidad; porque (como dicen) las llagas frescas son más fáciles de remedio.

Fuera de esto, cuando te hallares con tranquilidad y sin ningún sujeto de cólera, haz grande provisión de suavidad y mansedumbre, diciendo todas tus palabras y haciendo todas tus acciones, pequeñas ó grandes, en el más apacible modo que te sea posible, acordándote que la Esposa, en el Cántico de los Cánticos, no sólo tiene la miel en sus labios y en la punta de su lengua, sino que también la tiene debajo de la lengua: quiero decir dentro del pecho (1); y no sólo hay miel, sino también leche, porque también, no sólo se ha de tener la palabra dulce para con el prójimo, sino también todo el pecho; esto es, todo lo interior de nuestra alma; y asimismo, no sólo se debe tener la dulzura y suavidad de la miel, que es aromática y odorífera (esto es, la suavidad de la conversación civil con los extranjeros), sino también la dulzura de la leche entre los domésticos y vecinos cercanos, en lo cual muchos yerran grandemente, pues en la calle parecen ángeles y en la casa demonios.

(1) Cantares, iv, 11.

CAPÍTULO IX

DE LA SUAVIDAD PARA CON NOSOTROS MISMOS.

Una de las buenas prácticas que podemos hacer de la suavidad, es aquella de la cual el sujeto está en nosotros, no amohinándonos jamás contra nosotros mismos ni contra nuestras imperfecciones; porque aunque la razón quiere que cuando caemos en faltas nos mostremos pesarosos y tristes, no por eso debemos admitir un pesar agrio, mohino, enfadoso y colérico; en lo cual hacen una gran falta muchos que, hallándose coléricos, se enojan de haberse enojado, se amohinan de haberse amohinado, y tienen enfado de haberse enfadado, porque por este medio tienen su corazón embebido y empapado en la cólera; y asimismo parece que la segunda cólera arruina la primera, y no obstante sirve de abertura y paso para una nueva cólera en la primera ocasión que se presente. Fuera de que aquella cólera y mohina que toman consigo mismos, procede de manifiesta soberbia y no tiene origen sino del amor propio, el cual se alborota é inquieta viéndonos imperfectos. Menester es, pues, tener de nuestras faltas un pesar modesto, sosegado y firme, porque de la misma manera que un juez castiga mucho mejor los malos dando sus sentencias por razón y espíritu sosegado que no cuando las da por ímpetu y pasión (por cuanto castigando por pasión, no castiga las faltas según ellas son, sino según es él mismo); así, nosotros castigamos mucho mejor nuestras faltas con arrepentimientos sosegados y constantes, que con arrepentimientos agrios,